

VIAJE A LA ESPERANZA *

Experiencias de una observadora electoral

Sudáfrica se reincorpora estos días [de 1994] a los foros internacionales de los que había sido repudiada por su obstinada defensa del *apartheid*. Acabar con el sistema de segregación legislada no ha sido una tarea fácil. Arduas negociaciones han establecido finalmente un marco democrático en el que todos los sudafricanos tienen cabida.

Conscientes de sus logros y de la responsabilidad que conllevan, los ciudadanos sudafricanos han acudido masivamente a los colegios electorales.

«Yo no voto para mí, ya soy muy mayor —comenta una anciana—, voto para que nuestros hijos, nuestros nietos tengan un futuro mejor». Bajo el sol implacable del mediodía otoñal en Johannesburg, esta mujer lleva haciendo cola desde las cinco de la mañana. Como ella, cientos de ancianos aguardan pacientemente en el jardín del instituto de enseñanza secundaria Orlando Secondary School, en Soweto.

Por primera vez van a ejercer un derecho que hasta ahora les había sido negado. Las imágenes de miles de ciudadanos en filas ordenadas de kilómetros han dado la vuelta al mundo, sin embargo, es difícil transmitir la atmósfera de expectación contenida, de celebración y de esperanza que irradian.

La prensa se ha hecho eco de los problemas: escasez de papeletas en algunos colegios, exceso en otros, lentitud en el proceso... Pero han pasado desapercibidas las dificultades que entrañaba este descomunal ejercicio. Sudáfrica, a consecuencia de la política del *apartheid*, carece de censo —requisito que parece imprescindible para la celebración de comicios—, pero no adolece de ideas imaginativas. Así, lo que en principio era una traba, se ha convertido en una ventaja.

La falta de padrones ha permitido salvaguardar en anonimato y el secreto de los votantes. Además cada ciudadano ha podido elegir libremente el lugar en el que depositar su voto. De esta forma, Pik Botha, anterior ministro de Asuntos Exteriores y actual titular de la cartera de Minería, ha votado en el suburbio ‘negro’ de Soweto, mientras que dirigentes del ANC (Congreso Nacional Africano) lo hacían en zonas hasta ahora vedadas a quienes no eran ‘blancos’.

El complicado proceso de votar

A fin de evitar que cualquiera vote dos veces, las manos del elector se impregnan con una tinta solo visible bajo los rayos ultravioleta (UVA). El proceso de votación no es sencillo. Para acceder al colegio electoral, es necesario primero acreditar la propia identidad mediante uno de los once documentos aceptados (tarjeta de ciudadanía, pasaporte de Transkei, libro de referencia, etc.) o un certificado especial emitido por la IEC (Comisión Electoral Independiente).

Después el elector debe introducir sus manos en un aparato de rayos UVA, con el que se comprueba que todavía no ha votado. En la mesa siguiente, miembros de la IEC le impregnan las manos de tinta invisible a simple vista y seguidamente verifican las marcas bajo otra lámpara de rayos UVA.

A continuación el votante recibe una papeleta, sellada en el envés, en la que aparecen todos los partidos que compiten por los escaños en el Parlamento

Nacional. En cada línea de esta hoja están impresos en color el nombre del partido, su emblema, sus siglas, la fotografía de su líder y, alineada a la izquierda, una casilla en blanco. Con este pliego, se dirige a una cabina —provista de lápiz o bolígrafo— en la que puede marcar con una ‘x’ la casilla en blanco correspondiente al partido que desea votar.

Este es el momento más difícil. Quienes no saben leer, no ven bien o tienen alguna minusvalía, piden ayuda al presidente del colegio electoral. A la voz de «Observadores, por favor», el presidente del colegio electoral y el votante se ven rodeados de observadores internacionales, observadores locales, interventores de los partidos y monitores de la IEC. Solo uno de ellos será testigo de que el presidente actúa de forma correcta.

Para muchos de los presidentes esta tarea no es fácil, sobre todo cuando el elector, agobiado por la responsabilidad y las dudas, les pregunta: «¿A quién debo votar?». Con amabilidad y eficacia, estos ciudadanos que se han prestado a la compleja tarea de dirigir el proceso salen airoso de esta y otras muchas situaciones extrañas.

Tomada la decisión, el elector deposita su voto en la urna marcada «Nacional», pero, antes de poder abandonar el recinto, vuelve a padecer mientras decide qué partido quiere que le represente en el Parlamento Regional. Cuando finalmente sale, es otra persona. «Ahora he recuperado mi dignidad», me confiesa un anciano.

Pasar diez o doce horas observando la intensa actividad de los colegios electorales puede parecer una labor inútil y pesada. Sin embargo, la simple presencia de observadores es un elemento disuasorio de irregularidades. Personalmente me ha resultado una tarea emocionante, a veces incluso conmovedora. Como cuando nuestro guía, Shaun, nos pide que seamos testigos de su votación. Le vemos avanzar en ese recorrido que durante dos días hemos observado. Al salir solo dice: «Bueno, ya está», pero la expresión de su rostro es una mezcla de alivio, alegría y orgullo.

Para Shaun, como para muchos sudafricanos, estas elecciones son mucho más que la elección de representantes políticos. Son la primera piedra en la construcción de la ‘Nueva Sudáfrica’.

El escrutinio

La segunda, no tan emotiva, algo más prosaica es el recuento de votos. Una tarea colosal, pues para evitar cualquier fraude, los votos no se cuentan en los colegios electorales, sino en centros destinados a este fin.

Uno de ellos es la feria de muestras de Nasrec, en Soweto, que reúne más de cuarenta puestos de escrutinio. Locales atestados de urnas esperan a que los empleados de la IEC, escoltados por miembros del ejército y observadores, los vayan vaciando.

El centro de control —un ordenador conectado a la red central, dos faxes, una docena de líneas telefónicas y cinco personas al borde de una crisis nerviosa— se encuentra en la primera nave rodeado de mesas y de personas ansiosas de iniciar el cómputo.

Pero la acción todavía no puede empezar. A media mañana del sábado 30 de abril, algunos colegios todavía no han entregado las urnas. Los escrutadores aprovechan para desayunar. Llevan allí desde las seis de la mañana. Mientras, los

observadores pasean, agradecidos de poder templarse al sol. El retraso de las urnas y algunos incidentes en el exterior frenan el comienzo del recuento, que por fin comienza a media tarde.

En las mesas bulle la actividad. Primero hay que cuadrar las actas, pero los continuos retrasos hacen necesario otro procedimiento. Tras largas deliberaciones en la central de la IEC en Johannesburg, se concede luz verde a Nasrec para que inicie el recuento directamente. Al objeto de informar a todos los componentes de los puestos de escrutinio, el responsable del centro de control, megáfono en mano, recorre las naves de la feria impartiendo las nuevas instrucciones.

A partir de aquí los observadores hacen kilómetros mientras verifican que todo se hace de manera correcta. En las mesas, las urnas asignadas se vacían, se despliegan las papeletas y el presidente de cada puesto, ayudado por una docena de empleados de la IEC, comienza a contar. Rodeado de observadores e interventores va cantando los votos. En dos turnos —de siete de la mañana a siete de la tarde y de siete de la tarde a siete de la mañana siguiente— los escrutadores cuentan votos durante días.

Un futuro común

En estos días de convulsión nacional, Sudáfrica parece otra. La nueva bandera ondea por todas partes y la población negra no puede ocultar su felicidad. «Lo hemos conseguido», me dice la camarera del hotel en el que me hospedo.

La noche en la que el ANC —con Nelson Mandela a la cabeza— celebra su victoria, las calles de Johannesburg se llenan de música y de luces, de gente cantando y bailando. En verdad festejan su libertad, su dignidad y el fruto de décadas de sacrificio y tenacidad. Saben, en medio de su entusiasmo, que el futuro no es fácil, que llevará tiempo —y costará dinero— reconstruir este país quebrantado.

Los legados del *apartheid* van más allá de lo material, de las desigualdades en el nivel de vida, son legados que solo el tiempo podrá borrar. Pero los sudafricanos quieren intentarlo. «Tal vez no hemos conseguido el gobierno que queríamos, pero tenemos que sacarle partido y trabajar para construir una Sudáfrica mejor». Rubben es *afrikaner*; Rhona, de origen inglés. Sin conocerse, los dos me han dicho lo mismo, un frase que resume la actitud de un pueblo dispuesto a enmendar el pasado.

* Texto original, escrito en mayo de 1994, del artículo publicado en *Heraldo de Aragón* el 19 de junio de 1994 bajo el título «Observadores, por favor».